

Buena parte de las fuentes, a pesar de encontrarse en el Archivo Municipal de Quito o en los Archivos Nacionales del Ecuador, Argentina o el Perú, son inéditas. También hay que destacar la utilización de documentos escritos por los mismos actores de la presente historia, ya sean memorias o su relación epistolar, como la Correspondencia del General Simón Bolívar donde se describe detalladamente las relaciones que mantenía con Gran Bretaña.

En cualquier caso estamos convencidos que esta obra contribuirá a marcar un antes y después en el estudio de la historia americana, y que su lectura no dejará indiferente a quien proceda a ello.

Marcos R. MANCINI

Antonio Zapata, *Pensando en la derecha*, Lima, Editorial Planeta, 2016, 208 págs.

El historiador Antonio Zapata, un «izquierdista convicto y confeso», acaba de publicar y partiendo de las candidaturas presidenciales de Alan García, Keiko Fujimori y Pedro Pablo Kuczynski (PPK), un interesante ensayo sobre la derecha peruana, presentando la misma como tres manifestaciones diferentes: una representada por un zigzagueante aprismo, una clientela (si se quiere populista) y otra intelectual y tecnocrática.

Buena parte del siglo XX giró en torno a las luchas entre los detractores y partidarios de APRA y de su líder Víctor Haya de la Torre quien comenzaría su carrera política como líder estudiantil o como director de la revista *Claridad*, contando para ello con el apoyo de José Carlos Mariátegui. Resulta curioso que el autor comience su trabajo con la evolución y transformaciones de una fuerza considerada como de izquierdas, no obstante es integrante de la Internacional Socialista. Pese a ello se podría recordar que ya en tiempos del gobierno de Velasco Alvarado, y desde el Partido Comunista Peruano, su Secretario General, Jorge del Prado, se refería a él como «el único partido imperialista que existe y que está totalmente identificado no solamente con el imperialismo norteamericano sino que

con los sectores más reaccionarios de la oligarquía, con todos los personajes más funestos de la reacción y del integrismo» (*El Siglo*, 4 de mayo de 1971). Y ello por no recordar que es difícil establecer, en ocasiones, la línea divisoria entre la social democracia y la derecha, sobre todo si se tiene en cuenta las políticas económicas emprendidas por agrupaciones como el PSOE en tiempos de Felipe González en España o el actual gobierno socialista francés. Pero el autor no aborda el tema desde la crisis de las ideologías sino desde la evolución de sus propuestas y estrategias, o más bien desde las propias transformaciones, tomando como punto de partida las obras de su fundador.

La primera en ser analiza es *El antiimperialismo y el APRRA* (1936), la que desborda un discurso fuertemente marcado por el marxismo y en la que se habla de la injerencia económica extranjera como de la explotación económica y el menoscabo a la independencia de los países pobres y pequeños, descalificando a las oligarquías nacionales como fiel aliado del imperialismo y vehículo de la dominación externa. El pensamiento de Haya de la Torre evolucionaría en la década de los cuarenta con ocasión de su posición frente al eje nazi-fascista; son los años en los que muestra su simpatía por Franklin Delano Roosevelt, y habla del «intervencionismo democrático sin imperio» en su libro *La defensa continental* (1942). Perseguido por Bustamante y Odría se vería obligado a refugiarse en la embajada de Colombia en la que permaneció por cinco años; tras abandonar la misma en 1954 escribió *Treinta años de aprismo*; trasladándose a Europa, donde terminaría estableciéndose, se encontraría con una sociedad ideal con un avanzado Estado de Bienestar, visión que plasma en su *Mensaje de la Europa nórdica* (1956). Su giro a la «derecha» se vería como un hecho en las elecciones presidenciales de 1962 en las que Haya de la Torre concurre como el candidato de la Alianza Democrática, que también integraba el Movimiento Democrático Peruano, agrupación que representaba a los mayores sectores del poder económico.

Su alianza con estos sectores conservadores tomaría una dimensión diferente al analizar el gobierno de Velasco Alvarado; en aquel tiempo Haya de la Torre «se esforzó por diferenciarse de la reacción de derechas, opuestas por principio a las reformas sociales implementadas» por el socialismo militar; el APRA veía en la

acción de gobierno una «repetición incompleta de los postulados doctrinarios», pero criticaba la ausencia de democracia. «La democracia política se había convertido en la idea central y el reformismo social era su acompañante».

Tras el fallecimiento de Haya de la Torre en 1979 emerge la figura de Alán García, quien fue presidente de la república en dos ocasiones en 1985 y en el 2006. En su primera gestión de gobierno debió enfrentarse a la inflación y problemas económicos y al terrorismo de Sendero Luminoso, en un contexto internacional en el que el auge de gobiernos neoconservadores favorecían las políticas favorables al liberalismo económico y al anticomunismo. Desde la presidencia Alan García intentó impulsar medidas estatistas, tales como la nacionalización de la banca, y otras con claros tintes populistas, como el renegociar la deuda externa; éstas le enfrentarían a la vieja guardia del partido que preferiría llegar a acuerdos con la derecha económica del país. Su gobierno se enfrentó además con casos de corrupción y con acusaciones de violar eso que los bien pensantes llaman «derechos humanos». Pese a todo Alan volvería a reaparecer en las elecciones presidenciales de 2006. En esta ocasión, Alan García recuperaba una posición de centro, un centro que tendría a su izquierda al emergente Ollanta Humala y a su derecha Lourdes Flores, líder del Partido Popular Cristiano; durante su gobierno dejó atrás las políticas intervencionistas de antaño y priorizó el crecimiento económico y la atracción de capital, enfrentándole a «los promotores del conflicto social y la protesta social», o acercándole a las políticas tecnocráticas y neoliberales.

El segundo de los capítulos está dedicado a la «derecha clientelista» la cual es identificada con el fujimorismo. El autor comienza realizando una curiosa reflexión sobre la figura de Alberto Fujimori, de quien se dice que supo encarar con «decisión los tremendos problemas heredados de décadas anteriores, al enfrentar y derrotar a Sendero Luminoso [y ser] el arquitecto de la reforma neoliberal»; logrando la «estabilización política y económica»; eso reprochándole la violación de los llamados Derechos Humanos y los evidentes casos de corrupción y su fracaso de construcción de un «Estado moderno». Para afrontar el estudio de esa «Derecha Clientelista» parte refiriéndose al oncenio de Augusto Bernardino Leguía,

quien, luego de derrocar al gobierno de José Pardo y Barreda, pondría fin a la llamada República Aristocrática (oligárquica) y favorecería la irrupción de nuevos actores sociales (clases medias, obreros y campesinos), forjando el régimen de la Patria Nueva. Con el derrocamiento de Leguía emerge la figura de Luis Miguel Sánchez Cerro, el cual es solamente mencionado como paso previo a tratar la figura de Oscar R. Benavides de quien se afirma que «desarrolló una amplia obra social, en alguna manera impulsada por el fascismo italiano», y hablando de fascismo la referencia a la Unión Revolucionaria y a su líder Luis Alberto Flores era obligada.

Es así como se llega al gobierno del general Manuel A. Odría quien intentó a su manera —aunque el autor no haga mención a ello— seguir los pasos del argentino Juan Domingo Perón, iniciando un régimen entre el conservadurismo y el populismo, y quien amplió las masas electorales tras conceder el derecho de sufragio a las mujeres, tal vez influenciado por su esposa María Delgado de Odría, quien también siguió los pasos de Eva Perón. Odría también decretó medidas como la participación de empleados y obreros en el 30% de las ganancias de cada empresa, creó el Ministerio del Trabajo e impulsó la seguridad social del empleado construyendo hospitales y fomentando políticas educacionales; dando así una respuesta práctica a su lema de gobierno «Salud, Educación y Trabajo». La figura de María Delgado de Odría, quien fuera la gestora para la creación del populoso distrito de Villa María del Triunfo, y quien postularía, sin éxito, a la alcaldía de Lima, contra el socialcristiano Luis Bedoya Reyes, es tratada brevemente para intentar trazar algunas semejanzas con la trayectoria de Keiko Fujimori; ambas son presentadas como dos mujeres que supieron aprovecharse del bolsón popular que su esposo y padre habían logrado sostener durante algún tiempo, especialmente en aquellos sectores donde aquellos aplicaron una fuerte política clientelista y populista. Sobre Keiko, no obstante, se reconoce los esfuerzos por tomar un nombre propio y adoptar un liberalismo más aséptico.

Este capítulo se cierra con una brevísima referencia a César Acuña Peralta, el candidato de la llamada Alianza para el Progreso del Perú, partido que el Jurado Nacional de Elecciones excluyó del proceso electoral debido a violaciones de las leyes sobre partidos

políticos, y quien intentó crear un clientelismo político no desde la acción de gobierno sino «desde una empresa educativa» que «intercambiaba becas y posiciones en la universidad por militancia y votos», práctica que más que clientelista se significaría, como el propio autor remarca, «la reaparición del caciquismo», más propio de aquella vieja República Aristocrática desaparecida casi un siglo atrás.

Por último se hace referencia a la candidatura de PPK, la cual es identificada con lo que el autor califica de «derecha intelectual y tecnocrática» representada por esa elite conservadora, y altamente intelectualizada, que en el siglo XIX renunció a gobernar por sí misma, pero que acompañó a figuras carismáticas como Manuel Pardo y Lavalle y su «República práctica»; una élite que en tiempos pasados «su interés principal era la religión y la instrucción», mientras que hoy en día sus ojos están puestos en el Ministerio de Economía y Finanzas, mutando lo ideológico por lo tecnocrático. El autor trata de hilvanar lo que metafísicamente es imposible, para ello traza una línea de pensamiento que partiendo del pensamiento reaccionario de algunos autores culminaría con la adhesión al neoliberalismo de otros.

El primero en aparecer es Bartolomé Herrera, calificado por muchos como el máximo representante del pensamiento ultramontano y antiliberal, y del que Zapata repara en recordar su preocupación por atajar la inestabilidad política republicana tras la «crisis de la autoridad producida al finalizar el mundo colonial». Acto seguido aparece la figura del varias veces presidente Ramón Castilla y Marquesado y de su preocupación por fomentar una inmigración europea de «hombres robustos, laboriosos, morales, de noble raza blanca que cruzándose con la nuestra la mejore», tal y como él mismo afirmaría; sería el prototipo de una derecha influenciada por las tesis del francés Joseph Arthur de Gobineau, más conocido por la inmensa mayoría de los mortales por alguna de sus novelas, como *La danzarina de Shamarkanda* o sus libros de viaje, que por su pretendido ensayo pseudocientífico sobre *La desigualdad de las razas*.

Ya en los albores del siglo XX nuestro autor repara en la llamada generación del 900 (Riva-Agüero o los hermanos Calderón) esa generación arielista preocupada de la «regeneración» y la defensa de una República Aristocrática, que no oligárquica, Ya entrado el pasado siglo el autor nos lleva a visualizar la derecha social-cris-

tiana y a las figuras de Luis Bedoya y Héctor Cornejo, una derecha influenciada por las encíclicas papales sobre temas sociales y que enfrentaría, al igual que en otras partes del continente, a dos vías que terminarían siendo antagónicas: la representada por Bedoya y su Partido Popular Cristiano y la de Cornejo que llevaría a su Partido Demócrata Cristiano a colaborar con el gobierno socializante de Velasco Alvarado.

Ya finalizando el presente capítulo aparecerían los representantes de las tesis neoliberales, con Hernando de Soto Polar y su libro *El otro sendero. La respuesta económica al terrorismo*, escrito en 1986 en coautoría con Enrique Gherzi y Mario Ghibellini, y en la que se ataca la burocracia estatal y se defiende el crédito financiero a los pequeños negocios para lograr que el capitalismo se volviera masivo. Una revolución capitalista que dos décadas después defendería Jaime de Althaus, para quien «el cambio de modelo económico iniciado en los noventa, lejos de profundizar las brechas y desigualdades, ha tendido a acortarlas», contribuyendo a que diversos sectores que antes se desconocían se sintieran parte de un mismo destino nacional. Antes de dedicar unos párrafos a PPK, Antonio Zapata se detiene a realizar una breve referencia al Instituto Peruano de Economía, el *think tank* cuyo propósito –tal y como reconoce en su web– «es la promoción del desarrollo equilibrado y sostenido del Perú mediante el perfeccionamiento de la economía de mercado». El capítulo terminaría con una reflexión sobre PPK, quien es presentado como el candidato «de un grupo de derechas que pocas veces se ha atrevido a pensar por cuenta propia [...] pero expresa su voluntad actual por disputar el poder», preguntándose si éste será capaz de generar «una agrupación tecnocrática consistente».

Pese a las críticas, en cualquier caso menores, como las que hacen referencias a un mayor tratamiento de algunas de las familias aquí esbozadas, o su posición forzada al tratar de buscar un hilo conductor entre el pensamiento reaccionario y neoliberal, el presente ensayo es un aporte a destacar para el estudio político del Perú contemporáneo.

José DÍAZ NIEVA